

## **ANTOLOGÍA COMPARADA (para actividad 6)**

### *SERIE PRIMERA*

«RIMA LXXVII»  
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER (1898-1986)

Es un sueño la vida,  
pero un sueño febril que dura un punto;  
Cuando de él se despierta,  
se ve que todo es vanidad y humo...  
¡Ojalá fuera un sueño  
muy largo y muy profundo,  
un sueño que durara hasta la muerte!...  
Yo soñaría con mi amor y el tuyo.

(*Obras completas*, 1871)

«NOCTURNO» [FRAGMENTO]  
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (1881-1958)

[...]

Ya la luna amarillenta  
va subiendo.  
Mis pupilas, anegadas por el llanto,  
se han cuajado de luceros.  
Siento frío... ¡Quién pudiera  
dormitar eternamente en su ensueño,  
olvidarse de la tierra  
y perderse en lo infinito de los cielos!  
Llega un aire perfumado, caen mis lágrimas;  
estoy solo; mis amores están lejos...

(*Arias tristes*, 1903)

«NO DECÍA PALABRAS»  
LUIS CERNUDA (1902-1963)

No decía palabras,  
acerca tan solo un cuerpo interrogante,  
porque ignoraba que el deseo es una pregunta  
cuya respuesta no existe,  
una hoja cuya rama no existe,  
un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,  
remonta por las venas  
hasta abrirse en la piel,  
surtidores de sueño  
hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,  
una mirada fugaz entre las sombras,  
bastan para que el cuerpo se abra en dos,  
ávido de recibir en sí mismo  
otro cuerpo que sueñe;  
mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,  
iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.  
Aunque solo sea una esperanza  
porque el deseo es pregunta cuya respuesta nadie sabe.

(*Los placeres prohibidos*, 1931)

## SERIE SEGUNDA

«SOLILOQUIO DEL FARERO»  
LUIS CERNUDA (1902-1963)

Cómo llenarte, soledad,  
sino contigo misma...

De niño, entre las pobres guaridas de la tierra,  
quieto en ángulo oscuro,  
buscaba en ti, encendida guirnalda,  
mis auroras futuras y furtivos nocturnos,  
y en ti los vislumbraba,  
naturales y exactos, también libres y fieles,  
a semejanza mía,  
a semejanza tuya, eterna soledad.

Me perdí luego por la tierra injusta  
como quien busca amigos o ignorados amantes;  
diverso con el mundo,  
fui luz serena y anhelo desbocado,  
y en la lluvia sombría o en el sol evidente  
quería una verdad que a ti te traicionase,  
olvidando en mi afán  
cómo las alas fugitivas su propia nube crean.

Y al velarse a mis ojos  
con nubes sobre nubes de otoño desbordado  
la luz de aquellos días en ti misma entrevistos,

te negué por bien poco;  
por menudos amores ni ciertos ni fingidos,  
por quietas amistades de sillón y de gesto,  
por un nombre de reducida cola en un mundo fantasma,  
por los viejos placeres prohibidos  
como los permitidos nauseabundos,  
útiles solamente para el elegante salón susurrado,  
en bocas de mentira y palabras de hielo.

Por ti me encuentro ahora el eco de la antigua persona  
que yo fui,  
que yo mismo manché con aquellas juveniles traiciones;  
por ti me encuentro ahora, constelados hallazgos,  
limpios de otro deseo,  
el sol, mi dios, la noche rumorosa,  
la lluvia, intimidad de siempre,  
el bosque y su alentar pagano,  
el mar, el mar como su nombre hermoso;  
y sobre todo ellos,  
cuerpo oscuro y esbelto,  
te encuentro a ti, tú, soledad tan mía,  
y tú me das fuerza y debilidad  
como el ave cansada los brazos de la piedra.

Acodado al balcón miro insaciable el oleaje,  
oigo sus oscuras imprecaciones,  
contemplo sus blancas caricias;  
y erguido desde cuna vigilante  
soy en la noche un diamante que gira advirtiendo a los hombres,  
por quienes vivo, aun cuando no los vea;  
y así, lejos de ellos,  
ya olvidados sus nombres, los amo en muchedumbres,  
roncas y violentas como el mar, mi morada,  
puras ante la espera de una revolución ardiente  
o rendidas y dóciles, como el mar sabe serlo  
cuando toca la hora de reposo que su fuerza conquista.

Tú, verdad solitaria,  
transparente pasión, mi soledad de siempre,  
eres inmenso abrazo;  
el sol, el mar,  
la oscuridad, la estepa,  
el hombre y su deseo,  
la airada muchedumbre,  
¿qué son sino tú misma?

Por ti, mi soledad, los busqué un día;  
en ti, mi soledad, los amo ahora.

(*Invocaciones*, 1935)

«CONTRA JAIME GIL DE BIEDMA»  
JAIME GIL DE BIEDMA (1929-1990)

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,  
dejar atrás un sótano más negro  
que mi reputación -y ya es decir-,  
poner visillos blancos  
y tomar criada,  
renunciar a la vida de bohemio,  
si vienes luego tú, pelmazo,  
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,  
zángano de colmena, inútil, cacaseno,  
con tus manos lavadas,  
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares  
últimos de la noche, los chulos, las floristas,  
las calles muertas de la madrugada  
y los ascensores de luz amarilla  
cuando llegas, borracho,  
y te paras a verte en el espejo  
la cara destruida,  
con ojos todavía violentos  
que no quieres cerrar. Y si te increpo,  
te ríes, me recuerdas el pasado  
y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia.  
Que tu estilo casual y que tu desenfado  
resultan truculentos  
cuando se tienen más de treinta años,  
y que tu encantadora  
sonrisa de muchacho soñoliento  
-seguro de gustar- es un resto penoso,  
un intento patético.  
Mientras que tú me miras con tus ojos  
de verdadero huérfano, y me lloras  
y me prometes ya no hacerlo.

Si no fueses tan puta!  
Y si yo no supiese, hace ya tiempo,  
que tú eres fuerte cuando yo soy débil  
y que eres débil cuando me enfurezco...  
De tus regresos guardo una impresión confusa  
de pánico, de pena y descontento,  
y la desesperanza  
y la impaciencia y el resentimiento  
de volver a sufrir, otra vez más,  
la humillación imperdonable  
de la excesiva intimidad.

A duras penas te llevaré a la cama,  
como quien va al infierno  
para dormir contigo.  
Muriendo a cada paso de impotencia,  
tropezando con muebles  
a tientas, cruzaremos el piso  
torpemente abrazados, vacilando  
de alcohol y de sollozos reprimidos.  
Oh innoble servidumbre de amar seres humanos,  
y la más innoble  
que es amarse a sí mismo!

(*Poemas póstumos*, 1968)

«*IN ILLO TEMPORE*»  
LUIS ALBERTO DE CUENCA (1950-h. l. f.)

Tus padres se habían ido a no sé dónde  
y la casa quedó para nosotros,  
lo mismo que el convento abandonado  
del poema de Jaime Gil de Biedma.  
Con la música a tope, preparaste  
una mezcla explosiva en una jarra  
mientras yo te quitaba, dulcemente,  
la ropa de cintura para arriba.  
Llenaste las dos copas hasta el borde.  
Bebimos. Nos entró la risa tonta,  
y se nos puso un brillo en la mirada  
que subrayaba nuestra juventud,  
y nos besamos como en las películas,  
y nos quisimos como en las canciones.

Cuando la realidad era el deseo  
y nuestro reino no era de este mundo.

(*Por fuertes y fronteras*, 1996)